

La apertura de la colonia de Magallanes al mundo

Finalizaba 1870 y al ocurrir así se enteraba el primer trienio de gobierno del capitán de corbeta de la Armada de Chile, Oscar Viel. Había sido ese en verdad un período de notable desarrollo para el establecimiento chileno del estrecho de Magallanes, que se aproximaba a sus tres primeras décadas de existencia, tanto que el mismo había mutado radicalmente su condición desmedrada, pobre y sin futuro anterior a 1868, para asumir desde entonces el carácter cada vez más perfilado y sólido de colonia en forma, esto es, de un núcleo que podía autosustentarse económicamente y así, capaz de impulsar la ocupación, explotación y desarrollo de todo su enorme entorno todavía virgen.

Las claves de ese interesante fenómeno, bien se sabe, habían estado y estaban en algunas circunstancias concurrentes que habían resultado determinantes para el curso que traía el antiguo establecimiento. Tales eran las medidas legales y administrativas que le habían otorgado la libertad aduanera y habían conferido a Punta Arenas el carácter de puerto menor abierto al comercio nacional e internacional; las disposiciones administrativas que habían favorecido y favorecían el arribo y la radicación de inmigrantes libres, chilenos y extranjeros; la conducción firme, comprensiva y visionaria del gobernador Oscar Viel, cuya gestión había sido y era ciertamente eficaz en todo sentido, contribuyendo a la mejoría de la calidad de vida, al surgimiento de actividades económicas productivas y al fortalecimiento del ánimo colectivo mirando al desarrollo de nuevos emprendimientos para el

era puerto de recalada habitual de los servicios de navegación interoceánica que vinculaban a los puertos del occidente europeo con la costa sudoriental del Pacífico, brindándole así una conexión inapreciable para su futuro comercio. No es extraño entonces que el Supremo Gobierno renovara su confianza en Viel, extendiendo su gestión por otro trienio y, después, todavía por un tercero que no llegaría a desempeñar en su totalidad por causa de otras circunstancias.

Los años que siguieron a 1870, por tanto, fueron de una creciente afirmación para la colonia magallánica. Creció su población con gente laboriosa, activa y arreglada, y se ampliaron las posibilidades de establecer actividades productivas. De entre éstas dos habrían de servir a modo de llaves para abrir a Magallanes la puerta ancha y benéfica del comercio y con él, al mediano plazo, el advenimiento de mayor progreso y la prosperidad generales. Se iniciaba así un inédito lapso histórico de sostenido adelanto, a caballo de la iniciativa privada, del que surgiría el Magallanes moderno.

El lucrativo negocio lobero

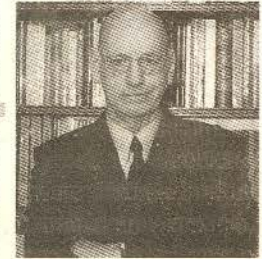
La primera de esas actividades fue la exitosa explotación pelífera -la captura de animales de piel fina (lobos marinos de dos pelos)- iniciada y desarrollada por el empeñoso inmigrante portugués José Nogueira, faena tan ruda como riesgosa, como que se desarrollaba sobre el inlemente litoral occidental de Magallanes, pero ciertamente lucrativa, lo que compensaba por demás los esfuerzos,

por necesidad también en comerciante, al disponer de una cantidad suficiente de pieles que permitían realizar un negocio de exportación siquiera en menor escala en un principio.

Como desde comienzos de la década se desempeñaba igualmente como comerciante de ramos generales, asociado con el gibraltareño Juan Hurtado (Nogueira y Cía.), y ya con contactos mercantiles tanto con Valparaíso, Talcahuano y Concepción, como con Montevideo y puertos portugueses (Lisboa, Oporto), no hubo dificultad para introducirse en un negocio de suyo delicado como era el de la exportación. Colaborador eficaz en ese empeño resultó ser un buen amigo de Nogueira como era el médico de la Colonia Dr. Thomas A. Fenton, quien le facilitó el trato con la firma especializada Ch. Lampson & Co. de Londres, mediante la que el lusitano pasó a exportar partidas de cueros de lobos marinos para su remate en el mercado de pieles de la capital británica.

Con esa operación internacional, fundamentalmente, cobró expresión tangible el comercio como segunda actividad económica clave y sus guarismos ya merecían consideración por interesantes. Así, considerando únicamente el lapso comprendido entre 1874 y 1880 que corresponde al inicio de las exportaciones coloniales, de un total superior a \$800.000 de la época, entre dos tercios y tres cuartos del mismo estuvo compuesto por el correspondiente a pieles de lobos marinos.

Magallanes y Punta Arenas, de ese modo, comenzaron a cobrar alguna



Por Mateo Martinic Beros
Premio Nacional de Historia

consumidor europeo, en un tiempo social en el que la moda femenina reinaba en plena majestad privilegiando el uso de productos pelíferos silvestres exóticos.

Pasado 1880 y una vez que la crianza ovina extensiva se afirmaba con mayor solidez como actividad económica, no demoró en añadir sus propios productos, lana y cueros, principalmente aquélla, como nuevos rubros de exportación territorial. Como había acontecido con las pieles, la lana ovina tenía en Europa su mercado comprador y consumidor natural. El viejo continente disfrutaba por entonces de la bonanza que generaba el desarrollo de la Revolución Industrial -a la sazón en su fase de apogeo- en un clima internacional de entendimiento e intercambio favorecido por la paz. La producción fabril en su variedad y el consiguiente consumo, que parecía inagotable, eran los sinónimos de un progreso al que no se le divisaba término.

Con el negocio lanero hubo de ocurrir otro tanto que con el de las pieles, y otra vez los buenos contactos de los empresarios puntarenenses permitieron acceder a los correspondientes mercados, entre ellos los muy importantes de las plazas de Londres, Hamburgo y Amberes. Así se afirmó y consolidó, con nuevas razones, el prestigio de Magallanes como zona periférica productora de materias primas.

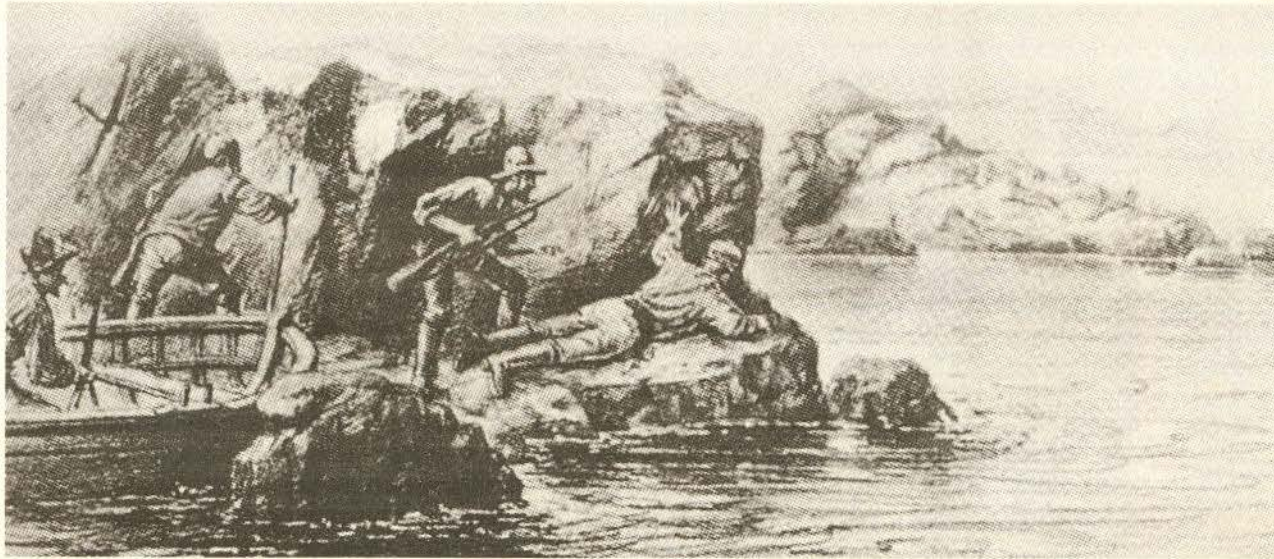
Pero igualmente desde antes y en la medida que el negocio exportador cobraba proporciones, adquiriría fama el de

porvenir.

Por si faltara, desde 1869 Punta Arenas

penurias y gastos que demandaba. Así el empresario, cazador y armador se convirtió

nombraría mercantil como proveedores de pieles finas para el exigente mundo



Cazadores de lobos en los canales patagónicos. Dibujo de Th. Ohlsen (1884) tomado de "Nogueira, el pionero", de Mateo Martinic.

importación. Si Punta Arenas se abrió al mercado consumidor europeo, también lo fue casi en simultaneidad con el mercado abastecedor. Hacia el viejo continente se orientó tempranamente la incipiente plaza mercantil magallánica, privilegiando una relación que se veía promisorio, por segura y confiable. Y decir mercado consumidor europeo era, entonces, expresar casi lo mismo que mercado mundial pues la Europa de la era industrial era indisputadamente "el mundo", en lo tocante a recursos financieros, capacidad creativa e inventiva industrial, poder consumidor y fuerza fabril, entre otros aspectos, amén de aquellos otros referidos al ámbito de la cultura, pues lo que allí se generaba era el paradigma de Occidente.

El mercado nacional por ese tiempo y durante las próximas tres o cuatro décadas era y sería poco atractivo, virtualmente

Continúa en la pág. 7

Lunes 25 de agosto de 2003

 **LA PRENSA AUSTRAL**

 62 años



Viene de la pág. 6

marginal, pues ni podía recibir una producción creciente de materias primas, principalmente de origen pecuario, ni era capaz de abastecer en cantidad, variedad, calidad y precios las demandas diversas de suministro que requería el desarrollo creciente del territorio magallánico en plena expansión de sus actividades económicas.

En un proceso de ida y regreso, pues, se estructuró un comercio de exportación e importación cada vez más nutrido, facilitado a su tiempo por una mayor frecuencia de recaladas de naves de ultramar, por una trama empresarial poco a poco más compleja y activa,

y por el arribo permanente de inmigrantes europeos que devenían a su tiempo nuevos y dinámicos factores de vinculación. De esa manera no sólo se daba la apertura de Punta Arenas, de Magallanes al mundo, sino coetáneamente la inserción plena de éste en el contexto económico de la división internacional de la economía productiva, como región periférica de suministro primario. Ninguna otra región chilena, ni siquiera las del norte salitrero, lograría un grado tan fuerte de vinculación con el complejo productivo europeo y mundial. Ello definiría su historia hasta los años de 1920.

La apertura de la antigua colonia magallánica al mundo -se reitera Europa en el caso- a partir de los años 1870 y 1880, con todas sus favorables implicaciones fue la circunstancia más determinante para que la misma alcanzara con el arribo del siglo XX las condiciones de adelanto social y económico, en términos de autogeneración y autarquía que le darían carácter e identidad propios y un merecido renombre entre las provincias chilenas, y que le permitieron gozar de un lapso prolongado de esplendor dorado, cuyo momento cenital coincidió con el tiempo del centenario de la república.